



# El Brazo Fantasma de Don Ramón

**E**L BRAZO prófugo y fantasmal de Valle-Inclán pertenece ya a la mitología literaria. Es un brazo agigantado y multiplicado por la leyenda, que ha penetrado por derecho propio en el territorio de la pesadilla, del cual se evade como un espectro, llega a las mesas de café y asiste a las tertulias, como un convidado de piedra imposible y hierático. El brazo de Valle-Inclán es una ánima en pena sin reposo o un demonio burlón que gira como el aspa tajante de un molino de sueños. Es enlutado y lívido y acu-

de a la sola invocación como un aparecido vagabundo de crispada garra de pergamino. Toda la mitomanía heroica del jerifalte carlista está significada en ese brazo errante, descomunal y autónomo, que sacude el recuerdo y agita la leyenda sin término. De tanto inventar y reinventar el suceso —una prosaica riña tabernicola con Manuel Bueno —el mismo don Ramón terminaría olvidando la verídica historia de su cercenamiento y la envolvería en la tupida gasa del mito prodigioso. Sus íntimos solían reconvenirle cuando las alucinaciones excedían: "Ramón, mira que no lo perdiste en Lepanto..."

**S**E ERIZADA la cresta bravía de Valle-Inclán y, cada nuevo amanecer, resarciera el brazo como un sañúer de abogado que se resiste a naufragar del todo. Aquel brazo se convirtió en el protagonista ausente de la perpetua baraza de mentira y díctico frenético que fuera la mente, flotante como una nube encallada por su aguda nariz de azor acerbo, por convertirse, él mismo, en apéndice de su brazo encantado visto susurrar en aras de su pericia extremada. Refugio quienes lo conocieron que don Ramón fue un prodigo de pectinata fábula. Se edificó un mundo de nubes, medoyos y estallidos; y a su gaceta fantasmal se trasladaba galardonado por oracula del tiempo y el espacio a las prohibidas tierras del mito. Don Ramón se alimentaba de musilinas sucesivas. Nadie lo vio comer jamón. En el vulgar combate del hombre con el "miserable" se cabre por ventura. Se nutría de leyendas y, en verdad, quizás descendiente de Cárdenas, a juzgar por su evidente ubicuidad de éste. Podía pronunciar, sin que nadie lo pugnara en duda: "Una noche pasé con Carlos Estuárez bajo la lluvia de una vieja abadía..." Había llevado a dormir la técnica de la faraón con tal maestría que acabó por transformarse en estrictamente. Fernando de los Ríos que lo conocía y admiraba sin reservas, relataba la anecdota siguiente: "Durante los días de euforia republicana, asistió don Ramón a una recepción oficial. Escritores, diplomáticos, hombres de Estado, agrupándose en torno suo, invidos de escuchas su original palabra, ecosante y fantasmagórica. Cuando la calidad y cantidad del auditorio le satisfizo, don Ramón tomó un alto evocador y comenzó a hablar como recordando: "Zl. zl. Pues aquí no hay duda". Y ante segundo empezo a relatar un sucedido en la corte de Isabel II el beatito Claret, sacerdote Patrocinio, el general Servano, las azafatas reales, evocadas por don Ramón cobraban una extraña veracidad física a tal punto que un concurrente ingenuo la interrumpió para decirle: —"Pero don Ramón esto que cuenta es prodigioso... ¿Cómo no ingredio usted sacerdot? A lo cual Valle-Inclán, resaltando las barbas caprichas respondía con su autoridad maneliana y concisa devandales el dedo a los cristales de los auñedos: "Pues, yo lo sé..." Y con su contraria de poseedor de todas las sabidurías, con su empeño de cronaturgo sin edad y su arrogancia majestuosa, conti-

nuaba en que don Ramón vivía los largos días de la miseria, encasillado en sus habitaciones, unas adoradoras suyas, desamparados por la pobreza del hábito, pero deseados de no perder su orgullo, oportuno por alzarse un poco "gruñor". Don Ramón aceptó su regalo como un homenaje y sin abandonar su gravedad, llamó a su escudero de turno y le dijo en esta forma: —"Escudero. En ese plato hay un queso. El capitán es alimento de escucha, la maraña rica de la miseria. Yo soy espíitu, tu eres materia. Come, pues, el queso y déjame los huesos..."

\*

El nombre de Valle-Inclán fulgía con resplandores demoniacos entre los escritores hispanoamericanos de comienzos del siglo que anteceden sus nacimientos en una melancólica y plástica contemplación de España. Uno de ellos, hombre cordialísimo y de una bondad sin límites, era el ecuatoriano César Arroyo. Poeta serio, viviente para el culto de la amistad, el generoso entregarse, el entusiasmado de explosivas manifestaciones y la fisonomía sin reverencias como Arroyo. Adiposo, magro, de acusados rasgos indígenas, hablaba una voz ancha, franca de dientes compuestos. Añoto: "que hablaba en español y vivía en Jerez", acaraba a España con una pausa casi finca. En su modesto entramado de su ciudad mantenía una columna "Mirando España", destinada a comentar todo acontecer peninsular. "La Estera", "Nuevo Mundo", "Blanco y Negro", lo tenían al tanto de la vida española, y ninguno mejor informado que él acerca de las prebostezas cinceladas de Alfonso XIII, de los alibajes políticos del conde de Romanones y don Antonio Maura, de las intimidades de "La Chispa", "Quinteto en Fornarina", "Pastora Imperial". Arroyo vivía de y para España. Bueno, excelente escritor, intérprete por los variaciones de la literatura castellana, de todos los tiempos. Cebado con deliberada preocupación, asimilaba la jerigonza de los cómicos trahomontes que llevaban sobre la novedad bellaventina, el saliente quimeriano y la desuenda dramatidad de don Juan Echegaray. La habitación de Arroyo estaba decorada con fotografías de Galdós, Benavente, Valle-Inclán, Azorín, Ricardo Torres "Bambita" y Carolina Otero, cartelas de entradas, banderillas ensangrentadas y alcuni otros elementos evocador,

embarcarse rumbo a España con alguna misión consular que le fuera confiada. Arroyo se aseguró de cuarto elemento junta indispensable para emprender en la condición de Madrid.

\*

Quizás la portencia silenciosa y el arbitrario naciendo de Arroyo sustentara y estimulase la insomniaca ironía de Madrid. Desgarbado tretillo, con el enroscamiento en frontoneras, su permanente existencia, su súbitamente caudaloso punto y su dureza rugiente, frecuentaba los marraderos y se popularizó en las peñas literarias, midiendo de oíva las dimensiones humanas que se le animaran deslevaradas. No obstante, su deseo de llegar hasta Valle-Inclán permanecía invicto. Surgían pequeños inconvenientes, la entrevista se dilataba por la versatilidad del humor del gran galliga. Así en un frívolo atardecer de resplandores otoñales don Ramón, a media de su mesa de café, bordaba báhores inútiles hermosos y acontecera de su fabulosa viaje a Tierras de la Nueva España, del que había de extraer su admirable "Tirano Bautifera" de tan pensante trascendencia. Córdoba y su aventura quedaron reducidas a minúsculas proporciones ante la gaceta valencianista. Aquella tarde, "la Niña Choclo" cobraba plasticidad no esperada. Caída con un contrabandista filipino, había caído en los brazos del ardiente don Juan "Ibo, estallido y sentimiento", cuando lo sorprendió el fumíno rociando el sonriente del Andén. Inconscientemente había extraído su faja cercenándole el misterioso, lusciable brazo.

—Basta por hoy —habíale dicho—. Tengo mucho que hacer y no me conviene ir al penal. Pero lo seguiré por tierra y por mar y te sorprenderé sus extremidades una cosa vez. La próxima será la cabeza.

Aún reñaba la emoción en el auditorio cuando César Arroyo, que dirigía a su fiel desde la acera apuesta, atravesaba la calle excitado y jadeante, rechazando un bravo entusiasmo que se parecía a la cólera, mientras corría con el bastón de estoque esparciendo exclamando entre segurísimos frenéticos:

—Don Ramón... Don Ramón... Al fin lo encuentro...

Valle-Inclán sorprendido y maravillado de la corporación de su propia fama, disponiéndose a la defensa y señalando hacia donde se precipitaba Arroyo, murmuraba:

—Hidalgas, detenidlo. He allí al culpino... Hélo allí.

**AUTORÍA**

A. R.

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1965

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

El brazo fantasma de Don Ramón [artículo] A. R.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)